Crítica de libros

ELEGÍAS Y GOZOS TEMPORALES, *José Gerardo Manrique de Lara.* Colección "Ágora". Madrid, 1956.

En el título, gozo, dolor y tiempo. Casi en su totalidad, los motivos de la poesía de siempre, el "eterno humano". Manrique de Lara escribe sus libros dándole vueltas a una preocupación metafísica que ahora, como en *Pedro el ciego,* se nos presenta triturada, descompuesta en sus partes, con una estructura sin puntos sueltos. Se desvive por transcender la anécdota, la existencia. Por infundirle densidad, gravedad, de manera que, tras recorrer su extensión, nos quedemos no sólo con palabras, sino con un sentido sobrepoético. Todo esto es consecuencia del rebote filosófico en la lírica. La filosofía sale de la poesía y vuelve a ella fielmente, pero esa vuelta—como se ha podido comprobar—tiene el peligro de haberse gastado en el cambio. Es noble e interesante que el Tiempo, en abstracto, en macizo, sea hoy, al modo heidegeriano, algo insoslayable; pero es momento de decir también que si esa toma en profundidad falla en lo expresivo, la poesía viene a caer en servidumbre, en divulgación. La poesía es una virgen. Una potencia de la que debe salir lo que será base para los pensadores de mañana o de pasado mañana.

Lo que antecede tiene bastante que ver con el último libro de Manrique y de otros, encarados a ultimidades del hombre. En primer lugar, el procedimiento apoyado en el verso blanco propende como ninguno a los deslices divagatorios, a que la materia poética se diluya demasiado y, al faltar lo sintético, pierda fuerza y, lo que es peor, claridad. Sin que nos compense de esa ausencia de luz el descubrimiento de una zona inédita del ser, que es la clave asombrosa de un Rilke, por ejemplo. Lírica temporal, sí. Mas obsérvese que en ésta, cuando se logra, hay un uso restringido de la palabra tiempo. Y entonces, indirectamente, tenemos su sensación.

Es en una parte de *Elegías y gozos temporales* donde estas con-

sideraciones tienen lugar. Manrique de Lara está en su poesía como su inolvidable Pedro: palpador, acumulando datos sensitivos para el esclarecimiento de la realidad, sereno, cuidadoso de que la pasión no estalle, amigo de la muerte. que es quien lo lleva y nos lleva de la mano. Está así, salvo cuando se aleja demasiado, se pierde entre los versos y se desfigura. No creo que por exceso de cerebralismo, puesto que el dolor, tranquilamente llevado, tiene a veces un acompañamiento erótico:

Virgen naturaleza de los dioses,
divina geografía de los besos,
lácteos montes de cimas purpuradas,
cárcava de la vida, derrotero
del hombre vivo de afilada reja
que pide surco para el grano nuevo.

Este erotismo surge hasta cuando el poema va por otro lado, como surge lo irónico—nota nueva en Manrique de Lara—y se lleva la palma del libro:

¿Está acaso mal visto, di, es pecado
que me coja en pijama la agonía
.....
Dios rasgará el colchón en que me sudo
y—lana o nube—iré creciendo altivo.

Lo mismo en la "Elegía de las botellas de cristal". Más invención y sorpresa, más decididamente grave y profundo el poeta que cuando apunta a la altura. Porque entonces hasta gana en belleza ese cimiento religioso presente en su obra. Y, sobre todo, gana en desnudez. En valentía expresiva. La sensibilidad no está en lo citado como cubierta de otra cosa. Tiene una función primigenia. No encontraremos en Manrique—para su suerte—apoyo exclusivo en la metáfora, pues tiende al conjunto. Su barroquismo es un tanto *sui géneris,* de desarrollo esencialmente. Frena a menudo la emotividad. De tal manera, que, cuando resume, acierta:

Convídame a tu muerte. Ponme yerro
rojo sobre mi carne, que no tiene
ya carne tuya viva entre mis dedos.

A pesar del título, los gozos son pocos. El dolor no llega a ser angustia. Manrique de Lara crea en una situación equidistante.

JIMÉNEZ MARTOS.

DENUNCIO POR ESCRITO, *Julián Andúgar*. "Ágora". Madrid, 1957.

Una denuncia no es cosa de juego. Julián Andúgar — tres libros con éste—llega ahora a formalizarla en verso, sin que falte ningún requisito. Nada de bromas. El lenguaje lírico está apoyado por el lenguaje legal. Y de este original ayuntamiento sale un libro en el que la toma de contacto con la poesía—como le gusta decir a Luis Rosales—se realiza cuerpo a cuerpo. El cuerpo a cuerpo con una realidad que se llama España, sin que medie entre contemplación y abrazo una distancia previa. De una vez. Desde el primer instante el poeta está diciéndonos quién es y por qué dice lo que dice, arrancando de sí para rebosarse inmediatamente en la extensión de la patria.

Será muy conveniente que nos

fijemos primero en el tono, pues es lo que más nos debe importar. Una denuncia no se expresa lo mismo que "hay un ruiseñor en el jardín". La palabra se ha hecho pasión; la palabra se ha hecho enormemente activa, afilada, precisa, pronta a entrecortarse, a resumirse, a llenarse de otras palabras que no están allí. Caen con peso; se quedan clavadas. Están sirviendo a un sentimiento amoroso, crítico por deseo de perfección, como suele ser el amor del poeta español a su patria. Por eso, éstos son poemas urgentes, en los que se opera sin distracciones:

Y aquí no hay más que andarse con la vida
y el poema de frente, dominando
el verbo hacer, vivir, tremendo cuerno.

Andúgar se atiene al amor y al verso corto, que combina de manera que cada vocablo quede suficientemente valorado, atrayendo sobre sí una determinada significación. El tono tiene una base de ritmo vivo, acuciante todo él:

Querrás gritar:
¡Mi corazón!
Trapos regenerados,
mercados, alzas, bajas,
se lo cambian.
—He dicho que silencio.
La máquina, la máquina,
la máquina, la máquina.

Puro borbotón intuitivo. Es precisamente en el poema "Informe abierto al campo"—al que pertenece ese fragmento—donde podemos darnos cuenta mejor de lo que el libro trae. Por una parte, una expresión totalmente adecuada al sentimiento que sobrelleva. Por otra, la proyección a un amplio objetivo: el país, sus hombres, sus motivos de alabanza o desalabanza. Una temática dentro de lo que hoy se llama poesía social de modo más o menos legítimo. (Mucha mirada a los humildes hay en verso castellano.) *Denuncio por escrito* es esencialmente invocativo, de poeta a pueblo. Y al pueblo no se le puede andar con ringorrangos. Así, la eficacia—el que denuncia solicita atención—va unida al verbo espontáneo (hablo del resultado), ardiente y melancólico. Andúgar, como Unamuno, Celaya, Otero y otros —creo interesante señalar esta coincidencia—, ha fijado en Sancho la cierta virtud del hombre anónimo:

No rompas la baraja; sigue, Sancho.
Jugar sabe cualquiera si se gana;
pero para ir tirando de olla y pan
hay que tener el corazón muy ancho.

Precisamente el corazón muy ancho. Precisamente una considerable estatura lírica para no encadenar razonamientos, sino decir en limpio verso. Y sugerir. Y emocionar con maestría de recursos retóricos buenos y puestos al día. Y saber tirar a tiempo de la brida:

Tiempo baldío,
pasa.
Con enterrarte,
basta.

Pocas veces la fuerza habrá tenido un tan dulce subterráneo. Porque, sí, el poeta tiene una tristeza en ocasiones lindante con la ira, pero después se pregunta al pastor:

¿Qué color
a las siete
tiene España?

y se va por los caminos a descubrirla en canciones bellísimas:

De Barca hasta Matute,
con el barquero.
Dos verdades sus brazos
y la otra el Duero.

Lo cual es el encuentro emotivo con la más primigenia tradición castellana, como lo otro—el consejo al hombre del campo, el canto a Castilla y a los que la sudan, la conferencia de paz—es el encuentro con una preocupación renovada hoy. Y como los rotundos sonetos donde da fe de sí pueden emparentarse con el más estremecido intimismo:

Debo decirlo por si acaso un día
leyéndome alguien duda o ya se enreda,
que donde puse amor sepa que queda
mi corazón amando todavía.

Andúgar ha reunido tonos que no suelen hallarse tan acordados en un mismo poeta. Y los ha renovado dándoles la unidad del corazón, que es la más sólida, echada agónicamente sobre todo:

Te informo igual, amigo,
que si hubiera
de morirme mañana.

En trance de muerte se dice la verdad. Y esa verdad es participable. El poeta nos llama a todos para testificarla.

JIMÉNEZ MARTOS.

HISTORIAS DE CADA DÍA, *José Amillo.* Colección "Cantalapiedra", número 9. Santander.

Las *Historias de cada día,* de José Amillo, definen en su título una intención del autor: la de novelar sin dar toda la iniciativa a la fantasía. Quiere hablarnos y contarnos de seres reales—seres reales, claro es, dentro del mundo de la ficción literaria en que han de moverse—situados en el mundo cotidiano, aquel en que se mueven autor y lector, aquel tan henchido de vulgaridad, como lo puede estar de calidades y valores estéticos, si el novelista alcanza a hacérnoslos ver.

Creemos que José Amillo ha acertado. Los cuentos—o novelas cortas, que ambas cosas hay en su colección—son de todos los días, pero se escapan a esa cotidianidad, que si no es más que eso no alcanza el propósito del escritor. Porque la vida de cada día tampoco es constantemente monótona y gris. Y la agudeza del novelista está en destacar lo que le interesa sin eliminar totalmente el resto, que ha de quedar como un fondo testifical y partícipe del mundo en que los personajes se mueven.

En las palabras, que Amillo hace preceder a sus relatos, nos dice que apenas son momentos, pero hay que tomar esta advertencia con alguna reserva. Son momentos en cuanto a la existencia total de los seres que viven en ellos; no lo son en cuanto a la historia en sí, repleta de hechos, con sentido argumental, no el simple bosquejo impresionista en que tanto insiste gran parte de la actual tendencia cuentística.

El vendedor de corbatas, con su bien conducida justificación interna hacia el sorprendente final, o la hondura y reflejo de nuestra época recogida en la mínima trama de *La última aventura,* nos parece recogen la capacidad de Amillo para caminar por el peculiar mundo del

cuento. Los otros relatos, en nuestra opinión, aparte de su valor en sí, son una evidente prueba de su capacidad para narración de mayor volumen, no de "más empeño", como suele repetirse, ya que tanto puede haber en la más larga novela como en una narración corta.

Amillo, con estas *Historias de cada día,* accésit único del Premio Nacional de Literatura en 1956, coloca su nombre en la lista de los buenos narradores de hoy y abre a su futura obra un amplio crédito.

JORGE CAMPOS.

Noticias

Ínsula dedica su número extraordinario de julio-agosto a Juan Ramón Jiménez. Publica una antología de verso y prosa del poeta, seleccionada por Ricardo Gullón, y una variada iconografía—fotos y cuadros—, correspondiente a diversas épocas de la vida del poeta.

Colaboran en las páginas de *Ínsula* los escritores CAMPOS, Jorge; CANO, José Luis; DIEGO, Gerardo; GALLEGO MORELL, Antonio; GARAGORRI, Paulino; GARCIASOL, Ramón de; GUERRERO RUIZ, Juan; GUILLÉN, Jorge; GULLÓN, Ricardo; HIERRO, José; LÁZARO CARRETER, Fernando; MARÍAS, Julián; TORRE, Elías; VIENTOS, Milita; YNDURAIN, Francisco; ZARDOYA, Concha.

Completan el interesantísimo número las habituales secciones—teatro, cine, cuento—a cargo de VÁZQUEZ ZAMORA, DUCAY y BUÑUEL.

El número constituye una magnífica aportación, por su cantidad y calidad, al estudio de la obra de Juan Ramón.

La revista *Poesía Española,* que dirige José GARCÍA NIETO, reaparecerá el próximo octubre, patrocinada por el Ateneo de Madrid.

La Estafeta Literaria, con nuevo formato y orientación, también bajo el patrocinio del Ateneo madrileño, inicia una nueva etapa. Esta publicación, tan necesaria para la vida intelectual española, será dirigida por el poeta RAFAEL MORALES.